



LOS COLIBRIOS

Diego Bayón

LOS COLIBRIOS



Primera edición: enero 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Diego Bayón

ISBN: 978-84-19595-60-7

ISBN digital: 978-84-19595-61-4

Depósito legal: M-891-2023

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Introducción

Los colibríos eran unos extraños seres que habitaban en la más profunda Amazonia. Poco conocidos, se les relacionaba con todo tipo de hechos misteriosos y giraban en torno a ellos multitud de leyendas. Se les atribuía una gran inteligencia, superior al resto de animales. Hay quien se ha atrevido a conjeturar que, siendo su sabiduría superior a la humana y habiendo alcanzado la iluminación, adoptaron una forma de vida sencilla, en armonía con la naturaleza, dedicándose solo a experimentar y disfrutar de su paso por este mundo.

Hay escritos antiguos en los que se les menciona. A través del análisis de estos y de los grabados y pinturas encontrados sobre algunas rocas, y valorando también las narraciones transmitidas oralmente por los habitantes de la zona, podemos conocer algo más sobre estos seres y su modo de vida.

Sabemos que su aspecto, si no extremadamente distinto al del resto de animales, era bastante singular, casi llegando a lo extraño. Cada colibrío no medía más de dos palmos y medio en su edad adulta; su piel, de tono verdoso, se asemejaba bastante a la de un anfibio y su cabeza tenía un pelaje suave de color blanquecino que se iba difuminando gradualmente al llegar al pecho, los hombros y la espalda. Su cuerpo y postura se asemejaban al de cualquier rana o anfibio de charca, aunque de estructura más atlética. Esta complexión recordaba también a la de un simio, empezando por su rostro: el blanquecino pelaje se oscurecía al llegar a la cara, unos pequeños y profundos ojos

negros transmitían curiosidad, dos pequeñas fisuras hacían las veces de nariz, y unos finos y rosados labios cubrían unos pequeños pero afilados dientes que eran idóneos para triturar la fruta y los minúsculos animalillos de los que solían alimentarse. Todos estos rasgos faciales, aunque raros, se disponían equilibradamente, otorgándoles ante cualquier observador un halo de templanza y simpatía, serenidad y profundidad. Sus extremidades terminaban en una especie de manos y pies, con dedos finos rematados con lo que más que garras eran finas uñas de color negro azabache.

Si bien todas estas particularidades y su reunión en este singular ser son de por sí extrañas e irrepetibles aún nos queda por describir la más especial de todas ellas: del centro de su espalda justo debajo del cuello nacía como una especie de cola cubierta de largas plumas rosadas. Se decía que ese color rosado se hacía más intenso en la época de celo o cuando se veían expuestos a intensas emociones, como una exultante felicidad o ante una agitación o amenaza.

Los colibrios vivían en comunidad, eran seres gregarios y sociales, cuidaban unos de otros y sus actividades no diferían demasiado del resto de seres vivos: se alimentaban, se reproducían, se protegían de los depredadores cuando era necesario, y en las épocas estivales disfrutaban del simple hecho de existir, pareciendo en ocasiones que celebraban la vida en forma de bailes y ceremonias primitivas. Una cualidad destacable, que nacía de su naturaleza sociable, era que los colibrios poseían una alta capacidad de empatía con los demás seres, lo que hacía que la comunicación fuese muy efectiva entre ellos y que llegasen a entender los hábitos de otras especies, pudiendo así evitar fácilmente las amenazas de otros animales. Tan alta era esta capacidad que incluso podían mimetizarse con otros animales llegando incluso a imitar sus movimientos y acciones.

Poco más sabemos acerca de estos agradables seres salvo que antes de llegar a la vida adulta los colibrios mandaban a sus jóvenes a explorar el mundo que había más allá de su hogar, por eso

existía la posibilidad de observar a algún colibrío en solitario muy alejado de la Amazonia, frente a la equivocada inferencia de que pudiera tratarse de un miembro perdido. El objetivo era que aprendiesen de los comportamientos y costumbres del resto de los seres, conviviendo con distintas especies y entornos, todo ello como si formara parte de una prueba final para alcanzar la madurez con el ánimo de que se nutrieran de conocimiento y experiencia. Cuentan algunas leyendas que los jóvenes colibríos no podrían regresar hasta haber obtenido la respuesta a la siguiente pregunta: ¿qué es la felicidad para un colibrío?

¡Qué curiosa forma de vida! Ahora que sabemos más acerca del colibrío nos centraremos en la historia de uno de sus jóvenes miembros llamado Mimo, del que se dice que fue uno de los más sabios de ellos y que recorrió medio mundo antes de volver a su hogar, pasando por infinidad de situaciones y conociendo a multitud de especies y costumbres, superando difíciles retos en cada uno de sus trayectos.

1. Comienza la aventura

Llegó el día de la partida, y el joven Mímo ya estaba preparado para iniciar su larga migración. Ya había cumplido la edad necesaria para emprender esta aventura. Aunque su carácter era valiente y decidido pesaba en él la incertidumbre de un viaje que debía realizar solo, cargado de millas y dificultades. En su interior se entrelazaban emociones tan dispares como las que se sienten a la hora de superar un gran reto, miedo ante lo desconocido y cierta tristeza por abandonar a los suyos. De todas formas, sobre todas ellas primaban la curiosidad y la sorpresa ante lo nuevo que estaba por llegar y la satisfacción de saber que él sería su propio timón ante tal advenimiento. «No debía preocuparse por nada...» era lo que repetía una y otra vez en su cabeza cada vez que la duda le asaltaba, además es lo que le habían transmitido sus mayores, los cuales podían presumir de una gran sabiduría y experiencia.

No debía temer al hambre, pues la naturaleza le proveería de alimentos allá donde fuese. No debía temer a los depredadores, pues los colibríos ya habían aprendido hace largo tiempo a distinguirlos en la lejanía y a anteponerse a su astucia. Y no debía temer a la noche pues la luz de las estrellas nos acompaña desvelando lo que en el día no pudimos averiguar.

Recordó entonces una vieja enseñanza que hacía tiempo uno de los sabios de la comunidad les contó a él y al resto de pequeños colibríos: «Son las estrellas eternos testigos de lo que sucedió antaño, de lo que sucede ahora y quién sabe si de lo que aún no se ha experimentado. Poco sabemos de los yermos o fértiles mundos que ba-

ñarán con su luz, pero lo que sí podemos saber es que con su eterna generosidad nos prestan su luz para guiarnos en los momentos más oscuros...», iba recordando Mimo mientras se preparaba y despedía de sus compañeros. «Muchas son las formas que graciosamente forman con su luz y se van desplazando a lo largo de la profunda noche al compás de las almas de los que ya no están con nosotros... De entre todas ellas, Calipria es la que fue elegida por nuestros antepasados como protectora y guía sobre todas las demás... Siempre permanece indicando el mismo punto y nos señala perennemente el lado más frío de las cosas, se dice que aquel que se la encuentre justo encima de su cabeza será aquel que halle la sabiduría absoluta...».

De pronto, una voz interrumpió sus pensamientos:

—¡Ya es la hora, Mimo! —le apremiaba uno de los ancianos de la comunidad—. ¿Ya te despediste de todos?

—S-sí —titubeó el joven Mimo—. Perdona, estaba dándole vueltas a la cabeza. Asegurándome de que estoy preparado.

—No hay nada que deba preocuparte, joven Mimo, pues nunca se está del todo preparado ante algo novedoso, son los mismos obstáculos quienes nos muestran el cómo sortearlos —instruía el anciano al joven Mimo mientras empezaba a caminar junto a él para que iniciara la marcha—. ¡Parte sin temor hacia cualquier dirección y que la sabiduría de las estrellas te guíe hacia bondadosos destinos!

—¡G-gracias! —dijo Mimo y empezó a caminar justamente hacia donde estaba mirando en ese momento, sin sentirse muy seguro de si esa era la dirección en la que quería marchar—. Bueno, tengo todo el tiempo del mundo para preocuparme por eso más adelante.

Y sin preocuparse comenzó su viaje alegremente, procurando no pensar demasiado en la seguridad que dejaba atrás y las caras que volvería a ver y que echaría de menos en su aventura. Mientras tanto recordó alegres bailes y canciones que solían interpretar en la época estival y que le ayudaron a coger poco a poco más confianza.

Mimo caminó y caminó varias horas y no fue hasta que el sol se

fue acercando al horizonte cuando volvió a ser consciente de su situación y una mezcla de emociones volvió a inundar su interior, pero lo cierto es que ya estaba tan cansado que su mismo cuerpo hizo que las acallara y se centrara más en buscar un buen sitio para dormir y poder descansar.

Mimo juntó algunas ramas y se construyó un humilde refugio para pasar la noche. Una vez recostado sintió la satisfacción de haber superado el primer día de viaje y en esta ocasión más que preocuparse apareció en su mente la curiosidad por el propósito de su partida. ¿Qué debía encontrar realmente? Se suponía que debía hallar qué es lo que hace felices a los colibríos, pero ¿caso no lo sabía ya? Él disfrutaba jugando e imitando a otros animales con sus compañeros, le gustaban las celebraciones estivales y deleitarse con el néctar de las mejores flores de la primavera. ¿Qué sentido tenía entonces este viaje? Estaba seguro de que aprendería y disfrutaría de él a pesar de sus adversidades, pero también era consciente de todo el esfuerzo que ello conllevaría.

Sus instrucciones eran sencillas: emprende tu marcha en cualquier sentido, para hallar respuestas mézclate y convive con los demás seres vivos, acoge las lecciones que puedan darte, no sientas temor, pero sé precavido y astuto y vuelve cuando la respuesta a la incógnita alivie el peso del desconocimiento y la duda.... ¿Sería capaz de hallar la solución de tal enigma? «¡Basta!, este tipo de pensamientos solo me conduce a una rueda sin fin...», pensó Mimo. De todos modos todo el colibrío que parte siempre regresa, o al menos la gran mayoría. No se han dado más de tres casos en los últimos 40 años de colibríos que no han regresado tras su partida, y aunque no se sabe a ciencia cierta el porqué, los más sabios afirman que aquellos que no regresan es porque han encontrado su felicidad fuera de la comunidad.

«¿Qué es la felicidad para un colibrío?», volvió a preguntarse Mimo. «Espero encontrar la respuesta en este viaje, sin decepcionarme en el intento...». Y con esta última reflexión Mimo cayó en un sueño profundo y reparador.

2. El primer obstáculo

Los primeros rayos de luz acariciaron a Mimo en la cara y fue despertando poco a poco, volviéndose de nuevo consciente de su situación. Sin tratar de pensar mucho subió a un árbol y fue recogiendo fruta de rama en rama mientras las iba mordisqueando. Una vez desayunado, se estiró y reemprendió la marcha. Esta vez, mientras iba empezando a caminar, pensó en la ruta que quería seguir. Eligiere el sentido que eligiese aún tardaría varios días en dejar atrás la selva. De pronto recordó las historias sobre la Gran Charca que había escuchado de otros colibríos, un inmenso espacio en el que el agua parecía reinar e incluso enfrentarse a la misma tierra, retándola diariamente como si quisiera arrebatarse a mordiscos su territorio. Pese a su furia y poder, se decía de ella que no era malévolas con los seres vivos y que poseía una belleza inimaginable.

Mimo fue tratando de hacer memoria acerca de la Gran Charca y cada vez más atractiva le resultaba la idea de dirigirse hacia allí. Recordó escuchar que multitud de animales acuáticos de formas y colores extraordinarios convivían en sus límites, otros salían a veces de su interior y algunos de ellos eran centenarios. «¡Nada más que pensar, está decidido, iré hacia la Gran Charca! Me gustaría contemplar esa enorme belleza y probablemente esos centenarios animales sean muy sabios y puedan darme respuestas».

Y sin más dilación Mimo tomó rumbo hacia el Este, que es por donde escuchó en su momento debía dirigirse aquel ser que quisiera contemplar la magnitud de la Gran Charca. Caminó sin cesar durante varios días. Al principio llevó la cuenta de las jornadas,

pero después dejó de preocuparse por ello, prefirió disfrutar de su experiencia y no obsesionarse, al fin y al cabo tenía todo el tiempo que se le antojara.

Camino, trepó y recorrió una larga distancia hasta que se topó con un ancho río que consiguió detenerle. Lo primero que hizo fue correr cauce arriba por si en algún tramo pudiese estrecharse o encontrarse con algunas rocas que le sirviesen de puente. No tenía problema en nadar hasta el otro lado, los colibríos eran buenos nadadores y debido a su condición de semianfibios podían aguantar varios minutos bajo el agua. Pero no era esto lo que temía, sino las criaturas que bajo el agua pudiesen atacarle. Anguilas, sanguijuelas, peces carnívoros y seres incluso más grandes habitaban en el curso medio bajo de grandes ríos como este y no estaba dispuesto a arriesgar su vida por ahorrarse alguna jornada. Tras varias horas de búsqueda y viendo que el sol ya decaía, Mimo decidió buscar refugio para pasar la noche con la esperanza de encontrar alguna solución a la mañana siguiente, ya con la mente más despejada.

Amaneció y ahora, más descansado y optimista, Mimo abrió los ojos, que justamente en ese momento apuntaban a la orilla del río y le pareció ver algo que le desconcertó. Antes de realizar ningún otro movimiento espero para cerciorarse de qué se trataba. Tras unos segundos corroboró su estado de alarma, pues aun siendo difícil de distinguir, sus afilados ojos pudieron desenmascarar a la criatura que tan sibilinamente se camuflaba junto a la orilla con sus fauces abiertas al lado de unos troncos arrastrados por la corriente que descansaban al límite del agua. Menos mal que lo había visto, de lo contrario podría haber corrido un gran peligro. De esta forma podría evitarlo y seguir con su búsqueda, pero... ¡espera un momento! ¿Por qué no aprovechar la sabiduría del caimán, aunque malintencionada en la mayoría de los casos, para poder cruzar el río de forma segura? Quizá podría indicarle por qué zona del río cruzar o la localización de algún estrecho

no muy lejano. Sí, podría funcionar, aunque debería estar alerta, pues ya conocía la astucia y malicia de los reptiles que habitaban en ríos cercanos a su hogar.

Decidió acercarse y adelantándose a la reacción del depredador le gritó:

—¡Eh! ¡Te veo! —exclamó Mimo—. Tu camuflaje no es suficiente contra mi aguda visión.

—¡Aarrggh! —rugió el caimán mientras se abalanzaba en la dirección en la que se encontraba Mimo—. ¡Cuánto tiempo esperando una presa digna! ¡Quizá lo hayas arruinado todo!

Mimo brincó a una rama sin demasiados problemas, pues ya esperaba una reacción similar por parte del reptil. Ante la imposibilidad de atrapar con sus grandes colmillos al joven colibrío el caimán no tuvo más remedio que detener su ataque e increpar a esa extraña criatura que parecía haber desbaratado sus planes.

—¿Quién es aquel que se atreve a sobresaltar al mismísimo dueño de este amplio tramo del río para luego huir despavorido presa de su cobardía?! —sentenció el airoso caimán.

—No era esa mi intención, ¡oh gran dueño de este singular paraje! —exclamó Mimo, dándose cuenta del gran orgullo del reptil—, sino más bien pedir consejo, y me doy cuenta de que he dado con el ser idóneo, pues quien mejor que el mismísimo señor de este gran río.

—¡Sabio y poderoso sí! Mas una sabandija de tal tamaño y extraña forma no es digna de todo mi conocimiento. Si crees merecerlo baja ahora mismo y muestra tu valía.

Mimo, dándose cuenta de que sería muy improbable sobrevivir a tal acción decidió seguir estirando su labia.

—No es enfrentamiento lo que busco sino más bien la manera de cruzar este inmenso recorrido de agua —explicó al fiero caimán—. ¿No podría su magnificencia mostrarme el modo?

—Ja, ja, ja... —rió profundamente el caimán—. Ni tu propia carne podría equipararse al precio de esa información, la cual no tardaría más de pocos segundos en proporcionarte. Largas horas es-

peré procurando pasar inadvertido y que empezaran a acercarse las presas y ahora llegas tú, ¡alimaña!, con tal insolencia y desconcierto arruinando mi estrategia y encima pretendiendo que te ayude...

Mientras el caimán seguía quejándose Mimo pensó en que podría ser una buena oportunidad para ponerse a prueba. A fin de cuentas, tenía todo el tiempo del mundo y convencer al caimán supondría un gran reto para él. Si su cometido estaba en encontrar respuestas, qué mejor lección que procurar extraerla de este fiero animal.

En los árboles había fruta abundante y mientras no bajara a la superficie no correría ningún peligro, al menos no había conocido a caimán capaz de trepar. Podría huir de allí e intentar buscar el camino por otros medios, e incluso arriesgarse a atravesarlo a nado en el tramo más estrecho que encontrase, pero lo cierto es que no le resultaba tan divertida esa idea como la de tratar de ganarse la confianza del caimán. Quizá podría ser su primer acercamiento a otra especie y la Gran Charca podía esperar. Pero ¿cómo hacerlo? Un animal que mostraba tanto orgullo y tiranía... ¡Eso es! Quizá ese fuese su punto débil.

Pensando esto estaba, cuando el caimán comenzó a gritar, lo que hizo despertar a Mimo de sus propias reflexiones.

—¿Acaso ignoras mis palabras, simio con forma de rana?! —vociferó el caimán—. No podrás cruzar el río mientras yo esté aquí vigilante día y noche. No, al menos por este tramo. Y al menor descuido te despedazaré de un bocado.

—Para nada, ¡oh, gran caimán! —empezó a contestar Mimo astutamente—. Si esas son tus intenciones entonces permaneceré aquí estático día y noche. Será una oportunidad de admirar tu magnificencia y aprender de tu sabiduría, aunque sea desde lejos.

—¿Acaso pretendes calmar mi furia con sutiles palabras? No lo conseguirás, permaneceré vigilante y ante tu más mínimo descuido obtendrás la sabiduría plena al encontrar tu propia muerte.

Mimo decidió esperar, sujeto en su rama, a que la ira del caimán decayese y este empezó a girar hacia la posición de Mimo hasta

detenerse aguardando justo debajo de él. Entonces Mimo miró despacio al animal: sin duda era un caimán de gran tamaño, y su forma y aspecto sería capaz de intimidar a cualquier animal de la selva. Pero observó algo inusual que le llamó la atención, y es que pese a su gran tamaño el caimán parecía famélico, como si llevara largo tiempo sin haber probado bocado alguno. ¡Qué extraño! Seguramente era el depredador más voraz en kilómetros a la redonda, ¿cuál sería la causa de su estado?

Pasaron las horas y el caimán empezó a cesar en sus interpelaciones e intimidaciones a Mimo. Él, sintiéndose a salvo permaneció en su rama, simplemente observando al gran reptil, hasta que estuvo callado y quieto. Las horas del día se iban agotando y Mimo siguió paciente en el mismo lugar. Antes de que llegase la noche y reposara tomó algunas de las frutas más cercanas para alimentarse y poco después cayó dormido ante la atenta vigilancia del caimán. Y así es como el joven colibrío pasó su primer día junto a otro ser vivo.

El amanecer despertó a Mimo y al ver que el caimán aún permanecía justo debajo de él le dijo:

—¿Por qué parece estar tan hambriento el gran dueño del río?! ¿Acaso hace tiempo que no aparece alguna presa digna de sus voraces colmillos? —preguntó Mimo.

—Así es, y aunque no sea de tu incumbencia te diré que no importa el tiempo que pase mientras yo sea el rey de este lugar, eso es lo único que importa. Y más tarde o más temprano algún incauto como tú caerá en mis fauces. Cuando no atrapo a una presa, como una gran ave o mamífero, algún pequeño animal comete el error de posarse en mi boca y aunque no sea digna de un ser tan grande como yo, solo tengo que apretar mi mandíbula para saborear un delicioso bocado.

—¿Y no tiene sirvientes el gran dueño de este río? —le interrogó Mimo intentando organizar una estrategia acorde al enorme ego del caimán.

—¿Sirvientes? ¿Qué es eso de sirvientes? La única servidumbre que pueden ofrecer los demás seres a mi dominio es la de alimentarme y no conozco otra utilidad que pudiesen ofrecerme.

—¡Oh! ¡Qué decepción! Pensé que un depredador tan voraz y majestuoso tendría sus propios sirvientes. Los grandes simios del interior de la selva tienen un líder que suele ser el más grande y fuerte de todos ellos al que sirven y temen como a un rey. Los felinos más astutos doblegan a otros depredadores robándoles sus presas. Incluso las aves deben rendir cuentas a las rapaces más elevadas —inventó a medias Mimo.

—¿Cómo te atreves?! Si no tengo sirvientes es porque mi voracidad y el temor que impongo es tan grande y terrible que todos los animales huyen despavoridos tan solo al percibir mi presencia.

—Yo no hui despavorido, es más, mi única intención es aprender de tu gran sabiduría y experiencia. Quizá pueda ser un buen sirviente para aumentar tu respetabilidad ante las demás especies.

—¡No me engañarán tus palabras! Morirás entre un terrible dolor y agonía una vez que pises la superficie. Y, además, ¿cómo podría servirme un ser tan grotesco como tú? —preguntó el gran caimán, aludiendo a la singularidad física de Mimo.

—No tengo duda alguna de tu superioridad y de que si me acercara a menos de metro y medio de esos colmillos parecería despedazado. Por otro lado, no tengo más que dar media vuelta entre las ramas para desaparecer y huir de tu peligro. Sin embargo, decidí pasar aquí el tiempo necesario para aprender de ti. No corro riesgo alguno, pues tengo la fruta suficiente entre las ramas de este mismo árbol para pasar semanas. Te ofrezco mi servidumbre por mínima que sea a cambio de tus conocimientos.

—¿Y cómo podría servirme una criatura como tú? —preguntó escéptico el caimán, llegándose a plantear si podría sacar algún provecho de tal propuesta.

—No tengo la capacidad de atraer grandes animales para que puedas devorarlos y saciar tu necesidad de alimento, pero sí de atrapar pequeños roedores. Sé que son escaso bocado para tu gran

estómago, pero prometo pasar día y noche cazándolos para satisfacerte.

—Mmmh... —caviló el caimán sin querer aflojar su orgullo, pero también sintiendo el enorme peso del hambre que arrastraba durante varias semanas—. Podría ser que te diese mi palabra de no devorarte si me complaces de tal manera. Además, no me disgustaría tener un «súbdito» que pueda observar mi grandeza. ¡Probaré esos bocados, extraño mono, pero recuerda que el mínimo fallo se traducirá en tu final!

Una vez confirmado el trato Mimo se deslizó selva adentro en busca de ratones y pequeños animales. Sabía cómo atraparlos realizando trampas básicas y reconociendo madrigueras ya que con sus amigos solían cazar a estos animalillos por diversión o para alejarlos de la comunidad, así que complacer al gran caimán sería como un juego de niños.

Mimo iba yendo y viniendo trayendo consigo pequeños ratones que iba lanzando desde su rama a la boca del reptil. Este los engullía instantáneamente conforme rozaban sus afilados dientes.

Todo el día pasó Mimo realizando este ritual sin que pareciera que el caimán llegase a ser saciado tan solo en ese día, así que cuando ya había pasado un rato desde que oscureciese y completamente agotado decidió descansar en su rama para reponer fuerzas hasta el día siguiente. Mimo le dijo al caimán que al día siguiente continuaría con la tarea, a lo que este respondió con su habitual autoritarismo:

—¡De acuerdo! Pero no te despistes, por hoy has ganado un día más de vida.

Mimo pasó agotadores días lanzando animalillos a las fauces del caimán, sin descanso, y no fue hasta después del tercero en el que, con los últimos rayos de luz, el caimán pareció sentirse saciado así que le permitió a Mimo que se relajara.

Al día siguiente Mimo comenzó bien temprano su tarea, pero en esta ocasión notó algo diferente. El gran caimán parecía más calmado, como si su expresión ya no fuese tan amenazante. Proba-

blemente llevara semanas en esa situación y ver saciada su hambre por primera vez en mucho tiempo hizo que mejorara su actitud. Percibiendo esto Mimo se planteó que quizá sería hora de empezar a tratar de tirar un poco de la cuerda, a ver que podía obtener.

Gracias a las decenas de roedores que Mimo había introducido en el estómago del caimán desde que se conocieron el reptil se saciaba cada día antes y Mimo pensó que había llegado el momento de intentar conversar con él:

—¡Dime, gran caimán! ¿Y tus hermanos caimanes? ¿No sería más fácil arrinconar y atrapar entre varios a todos aquellos que incautamente se acercan a abreviar en estas orillas?

—Muchos somos a lo largo de este inmenso río, pero no todos convivimos. Quien es tan grande y fuerte como yo tiene el privilegio de dominar la zona que se le antoje y no hay mayor honor para un caimán que ser el señor de su propio dominio.

—Pero... —contestó Mimo de forma curiosa— ¿no echas de menos a los demás caimanes?

—¡¿Cómo?! —se sorprendió el caimán—. ¿Echar de menos...? ¿Qué significan esas palabras para un caimán que ya tiene su reino? No hay más que pueda anhelar que lo que ya tengo. El pavor que infundo a todos los seres de este lugar me alimenta más que la propia carne y el saber que mi furia y la fuerza de mis escamas acabarán con todo aquel que se atreva a enfrentarme me inspira más que la propia reproducción. Nada más necesito.

«Extraña forma de existir...», pensó para sus adentros Mimo, que aguardaba en su rama escuchando atentamente las palabras del caimán. ¿Acaso la malicia y la ira del caimán no son más que un reflejo de su naturaleza, de sus instintos primarios? ¿Muestra ese orgullo y soberbia por decisión o no es más que su forma esencial de ser, al igual que los ciervos son huidizos y las águilas majestuosas?

—Algunos de mis hermanos intentaron acercarse a mí —prosiguió el gran reptil— y así acabaron, despedazados entre mis grandes dientes o con una extremidad menos huyendo con la cola entre

las patas. ¡No hay más gloria para un caimán que ser el dueño de su territorio! —exclamó con orgullo.

La conversación con el caimán caló dentro de Mimo y le hizo reflexionar. Pasaron los días y la confianza entre ambos creció. Las conversaciones en las que el caimán ensalzaba su autoridad y tiranía prosiguieron, pero ya no era tan amenazante con su sirviente. Mimo también observó que el caimán cada día se iba acomodando más a sus servicios.

Ya no estaba famélico, sino que incluso estaba engordando gracias a las presas que le proporcionaba, y también sentía que el caimán se deleitaba al exponerle su grandilocuencia y discurso día tras día, alimentando su ego. Al darse cuenta de ello y al haber escuchado y admirado al caimán por largo tiempo fue cuando pensó que debía proseguir su camino, pues ya había extraído todos los conocimientos y experiencia que el caimán podía proporcionarle. Pero... ¿qué debía hacer para que el caimán le dijera cómo cruzar el río? Habían adquirido confianza, sí, pero el caimán ya se había acostumbrado a los servicios de Mimo, y no permitiría que cruzase para abandonarlo. Entonces... ¿cómo se las ingeniaría para poder cruzar?

Con ese pensamiento Mimo se recostó en su rama para descansar y poco antes de dormirse dio con una idea brillante. Brillante, sí, pero muy arriesgada también. Al día siguiente procuraría llevarla a cabo, pero con mucha delicadeza.

Mimo despertó como cualquier día y empezó a cazar ratones para el gran caimán. Este estaba especialmente de buen humor esa mañana (aún no había rugido ni exclamado ni una vez). Mimo le llevó varios animalillos, pero de repente volvió preocupado y se dirigió al caimán:

—¡Lo siento, gran caimán! —se disculpó Mimo—. Pero me temo que después de varias semanas de estar lanzando a sus fauces cientos de ratones ya no quedan más en esta zona o han huido del lugar —comunicó Mimo esforzándose por parecer lo más sincero posible para que el lagarto no descubriese su mentira.

—¿Cómo es posible?! —se enfadó el caimán—. ¿Me estás diciendo la verdad? Malditos roedores, no pensé que fuesen tan astutos —se lamentó.

El caimán ordenó a Mimo que regresara a su tarea y buscara en los rincones más recónditos y que se apresurase y no le volviese a fallar, pero Mimo se limitó a internarse en la espesura y volver con las manos vacías lamentándose por la situación.

—En efecto... no consentiría que pasaras hambre. He buscado y rebuscado y parece que todos han desaparecido —se quejaba Mimo.

—¡Aarrghh! ¿Cómo me servirás ahora? ¡Esto es inadmisible! —rugió el caimán.

—No te apures... —contestó astutamente Mimo—. Podríamos desplazarnos río arriba o río abajo en busca de tramos en los que los ratones no estén prevenidos y nos aguarden en abundancia. Podría desplazarme yo solo hacia esas zonas y seguir atrapándolos para ti, pero apenas podría traer la mitad ya que la distancia sería mayor.

—¿Acaso no has prestado atención todos estos días a mis palabras?! —exclamó el caimán—. Si el rey se marcha, ¿quién cuidará de mis dominios? Sé de muchos caimanes que matarían por poseer este tramo....

—¡Tienes razón! No había caído en ello —contestó Mimo, y quedó cabizbajo.

—¿Qué piensas?! —interpeló el caimán—. ¿Acaso se te ocurre alguna otra idea que no te atreves a contarme?

—Puede ser... —dijo Mimo pensativo—. Puede ser que haya otra opción que no nos perjudique.

—¡Cuéntamela, te lo ordeno! —respondió el caimán.

—Si pudiese llegar al otro extremo de la orilla no tendríamos que desplazarnos río arriba o río abajo y allí también nos esperan presas en abundancia. Te podría seguir trayendo la misma cantidad que hasta ahora sin perder el tiempo en desplazamientos y tu podrías seguir rigiendo este hermoso tramo.

Mientras el caimán cavilaba en silencio Mimo trataba de adivinar qué estaría pasando por esa afilada mente: «Si decidía no creerle perdería los servicios a los que tan bien se había acostumbrado, con el riesgo de volver a pasar hambre, ya que él seguiría su camino buscando otra dirección en la que no hubiera peligro alguno. Por otro lado, si fuera una trampa y decidía confiar en él y este se marchara, se quedaría igual que antes de conocer a Mimo, hambriento, pero dueño y señor de su tramo». La voz de caimán le despertó de sus pensamientos:

—Sí..., pudiera resultar, y que todo siga como hasta ahora... —dijo el caimán—. Muy bien, joven sirviente, te voy a conceder un honor que ningún animal ha podido tener jamás: Cruzaremos el ancho del río.

En este momento Mimo se emocionó con su triunfo. Realmente el caimán o había picado el anzuelo o había decidido confiar en él después de todo. Pero un instante después esa emoción se tornó en pavor al seguir escuchando las instrucciones del caimán.

—Y tú lo harás posado encima de mi cabeza. Así ninguna ali-maña del río podrá atraparte, ni tampoco arrastrarte la corriente —terminó el caimán.

¡¿Qué debía hacer?! Tenía que pensar rápido ya que si dudaba el caimán podría sospechar de sus verdaderas intenciones. ¿Las habría descubierto y ahora era él el que le estaba tendiendo una trampa? ¿Estaba decidido a tomar ese grandísimo riesgo? No había tiempo para pensar así que decidió asentir ante la proposición del caimán como en un acto de fe.

Mimo bajó lo más serenamente que pudo al suelo y se empezó a acercar al gran animal.

—¡¡Vamos!! Debes procurar saciar mi enorme estómago antes de que caiga la noche, no hay tiempo que perder —insistió el caimán mientras se daba la vuelta dándole la espalda a Mimo para que subiera encima de él.

A medida que se acercaba al caimán Mimo se asombraba cada vez más del enorme tamaño del reptil. No era lo mismo verlo a

cierta distancia que apenas a unos centímetros. Empezó a subir por su cola y le sorprendió la dureza y rugosidad de sus grandes escamas. Una vez situado en su cabeza y sintiendo una mezcla de vértigo y paralización ante lo que podría ocurrir Mimo vio como el caimán se lanzaba al agua y empezaba a nadar lentamente hacia la otra orilla. ¡¿Lo había conseguido de verdad después de varias semanas de esfuerzo, y además de esta forma tan increíble?!

El caimán cada vez se acercaba más y Mimo casi no podía creerlo, estando ya a escasos metros de la orilla opuesta. El caimán llegó a tierra y Mimo bajó de él y torpemente, debido al miedo que estaba sintiendo, le dio las gracias y le dijo que se pondría en ese mismo instante manos a la obra así que se internó rápidamente en la selva con el ánimo de huir y no volver a ver ni al caimán ni su río, ni tener que cazar más ratones para él.

Cuando ya había avanzado cierta distancia una extraña sensación le invadió. No sentía júbilo ni deseo de seguir adelante. Quizá no había sido del todo justo con el caimán y le pareció que en cierto modo le había traicionado. Sintióse decepcionado de sí mismo pensó que no era una despedida digna para un ser con el que, a pesar de su naturaleza fiera, había compartido su tiempo. Al fin y al cabo, le había ayudado a cruzar.

Mimo se dio la vuelta y alimentó al caimán durante el resto de ese día. No intercambiaron palabra alguna, Mimo por el sentimiento de culpa de dejar al caimán a su suerte y el caimán quizá por dejar su orgullo intacto sospechando las verdaderas intenciones de Mimo. Cayó la oscuridad y ambos descansaron, y en mitad de la noche Mimo se internó en la selva, esta vez para no regresar, pero sintiendo en esta ocasión que se había despedido dignamente. En su interior nunca sabría si verdaderamente engañó al gran caimán o no, pero prefirió pensar que este conocía su plan desde el principio y a pesar de ello, quiso ayudarlo sin que su imagen de gran señor del río se viese herida.